

La burla goliardesca

Es en este punto donde la poesía de Ory nos hace muecas. Recrearse en los sentimientos del digno sufrir humano, del desprecio, la pobreza, del dolor, no le lleva a cejar sino a tensar el pulso, mano a mano con un entorno sobre el cual el hombre trata de levantar cabeza, erguirse sobre la medianía de la sociedad que le sepulta.

Esta burla llega a la grosería ostensible (EN,137-8) en poemas como «Oxymoron de la angustia». El mismo se confiesa «lo mismo sublime que grosero» (FL,97). Vocablos prohibidos, malsonantes y malolientes se bañan en el verso, arropados entre metáforas de gran belleza. En una suerte de contraste que exhibe el claroscuro expresionista que cifra la vida del hombre.

Ory se considera destructivo y satánico, en la propia imagen que de sí mismo nos arroja en el poema. («Poseo el sentido cósmico de la destrucción», D,176.)

En abundantes textos, se confiesa nihilista: «No creo en nada, ni en el aire que respiro», escribe en 1954 (D,241), y declara su asco del mundo.

Precisamente en el *Diario* se recoge un texto antiguo, de esta época de crisis vital (1954), que contribuye a esclarecer su concepción de la poesía y la vida:

Estoy decidido a dejar de hacer poesía como un molino hace harina.

El gran poeta de hoy no debe demostrar que es poeta. El poeta romántico todavía tiene la presunción de que el mundo aguardaba boquiabierto sus fervores. Hoy, a esta altura de justa relatividad, sabemos que este bache tiene y debe y puede ser superado. Las agonías interiores, o mejor dicho privadas, son tan sintomáticas como las masturbaciones. Ni siquiera, señores, tengo bastante con la *expresión*. Y para decirlo sin miedo: no tengo bastante con nada, porque *no tengo nada*. Así pues, he dejado atrás, como un cadáver en medio de la carretera, el *nihilismo*. Si acaso queda algo, queda el idiota que me pregunta: —¿por qué no se mata usted?

Señores, la contestación es nula y vana. No estoy desesperado. Otro, un poco menos idiota, me preguntará a su vez: —Vamos, ¿usted cree en la inteligencia!

Pero no; no creo en la inteligencia tampoco.

Me preguntará, sobreencima: —¿Cree en la conciencia!

Tendré que decir: Querido, de una vez por todas, *no creo en lo que veo*.

De aquí se saca que si creo en algo es en la oscuridad.

(D,235-6)

Ory gusta de la autodefinition. Su poesía es una continua autoconfesión, en el sentido más elevado del término. Declaración a gritos de su inconformismo vital contra todo lo que no sea la vida.

Se considera poeta maldito. Interno, íntimo romántico (M,182). Ha vivido siempre «como un animal romántico sin conocer el sentimiento de patria, el sentimiento de familia ni el sentimiento de profesión» (D,251). Se refiere a sí mismo como perverso (D,259). Como adolescente, siempre en busca. («... Porque la busca es lo único que mueve al adolescente eterno, es decir, él es deseo infinito. Busca en todo. No encuentra en nada.» (D,270). Como un «desesperado/de una ignorancia inmensa» (M,234).

Su escritura surge de este sentimiento de peculiaridad, de alejamiento respecto a lo establecido, a lo usual:

Cada palabra mía es como una naranja.
 Yo mismo soy un fruto lunar y nadie sabe
 hincar los dientes en mi tez sanguínea.
 Todos me temen como a un bicho raro.
 Lavado estoy de espuma y de lavanda.
 De noche cambio de figura en fuego blanco.
 Ten cuidado de amarme porque tengo
 una butaca de monarca en otro mundo.

(EN,193)

Poesía errante, de un viajero sentimental, clochard eterno. («Entonces me di cuenta que yo tenía que/cuidar de mi alma y me puse a viajar.») (EN,198). («No puedo estar-me quieto es mi destino.») (M,227).

Poesía que surge de la sinceridad. («La sinceridad es el origen del genio.») (D,303). («Los vómitos de sinceridad son buenos para el alma.») (D,331).

Poesía de pesa-nervios a la manera de Artaud. Poesía de nervios afilados, a punto de restallar. («Ni un amor de mujer que coloque mantel/Ni quien peine mis nervios de puerco espín nervioso.») (M,250). («Como estatuas de lluvia con los nervios azules» (del poema «Los amantes».) (M,256).

Ortografía ebria

La poesía de Ory es una burla goliardesca con el lenguaje, la risa amplia y comprensiva de un gran bromista, para compensar el sinsabor de lo cotidiano. («Lo mismo soy sublime que grosero/dramaturgo del llanto y de la risa.») (FL,97).

Su poesía transcurre desde un surrealismo bello y divertido, que él llama postismo, a un vitalismo expresionista a veces áspero. A veces, el tono expresionista, deja el legado de una impresión estética:

TRAKLIANA-ORYANA

Sangro en silencio y el silencio sangra
 lo callado oye mudo su pisada
 ¿Me llama el miedo desde el bosque negro?
 Bebo azul en un vuelo
 Y lobos vivos.
 Al borde de mi boca las rosas de la ausencia.
 Cansancio de cristal sudor de sueños.
 El rostro blanco veo quieto y
 bañado de la voz lejana narra.

(En,171)

Invocación a la locura, siguiendo la antigua veneración de Rimbaud, o de los iluminados. («Vén locura ven locura a mis pupilas.») (M,195).

Su poesía constituye a veces una serie encadenada de soliloquios abstrusos, enloquecidos, que comunican siempre en una conversación delirante de palabras rotas por el dolor y por la risa, un sentimiento sincero de verdad profunda y humana.

De aquí resulta un verso paranoico, una «ortografía ebria», escrita por quien sufre la enfermedad de la poesía. Poesía de exaltación en el punto máximo de ebriedad afectiva:

El elixir de mis borracheras poéticas
es el anhelo que proviene de lo más íntimo.
(M,253)

Ebrio hechizado loco a las puertas del morbo
grandiosa la pasión espero el turno fálico.
(M,255)

¿No te das cuenta de tu propia exaltación? ¡Espera!
¡Colúmpiate en tus sentidos y no tengas miedo de llegar
al punto límite de la ebriedad! ¡Necesito mi cuerpo de
mujer! ¡Yo ya no puedo conmigo! ...
(D,181)

Lo dionisiaco en el punto límite de posibilidad afectiva. Poesía que exhorta al hombre, henchida de sentimiento, pletórica de pasión. En esta exaltación pasional, mística de los sentidos, se supera el sentimiento del dolor:

Y ebrios de fandango y humedad
somos hombres y hemos acabado de llorar.
(EN,95)

El áspero aliento de la poesía

La concepción que Ory tiene de la poesía puede casi deducirse de todo lo que se ha apuntado antes, en estrecho contacto con su propio texto.

La poesía, como el arte, es una ilusión —etimología, «ludere», jugar—, pero también como fascinación, como vital, como experiencia:

Por lo demás, cómo el arte dejaría nunca de ser ilusión, palabra cuya etimología latina arranca de *ludere*, es decir, jugar. La poesía por sí misma ha de considerarse como juego de niño con el mundo. Por eso también es hechizo, *fascinum* (...). Y siempre que alcanza resonancia es porque emana de una persona (...). Se hizo una religión *personal* de la poesía.

(EN,17) (Introducc.)

Fascinación lúdica, que debe surgir *siempre* de una pulsión vital, de un acontecimiento personal. («No hay poesía sin experiencia. No hay poetas jóvenes. La poesía es una operación del amor.») (D,218).

Los pensamientos poéticos de su *Diario* declaran con claridad absoluta que «La única realidad es la vida» (D,233). «Todo es lo *vital*.»

Posiblemente esta tensión existencial de época, que corresponde a su concepción de la poesía como una «exclamación sobre el abismo» (D,103) (año 1951), es mitigada por el tono de su poesía posterior, que va de la serenidad ante la belleza griega («Espacio griego.») (FL,55-65), al odio y al encrespase de su rebeldía en el vagabundeo de la ciudad ajena («El Rey de las ruinas») (FL,65-101), a la burla y la guasa («Prólogo a un plato de lentejas») (FL,101-139), aunque siempre dentro de la exaltación pasional («Todo es